



FRATERNITÀ DI COMUNIONE E LIBERAZIONE

associazione di diritto pontificio civilmente riconosciuta

Uffici: Via De Notaris, 50 - 20128 Milano - e-mail: clfrat@comunioneliberazione.org

Milán, 12 de marzo de 2020

Queridos amigos:

Aunque no existe todavía ninguna disposición de las autoridades con respecto al próximo mes de abril, la actual emergencia sanitaria y los problemas ligados a la organización de nuestros gestos nos obligan a anular los encuentros habituales de esta época: los Ejercicios de la Fraternidad, los Ejercicios de los trabajadores, el Triduo de Bachilleres, los actos de la Semana Santa del CLU, los *Vía Crucis* y la Escuela de comunidad del 1 de abril.

Esta decisión, impuesta por la situación de emergencia que estamos viviendo, no hace que desaparezca la presencia insidiosa del coronavirus entre nosotros ni atenúa la provocación que ella representa, no nos permite mirar para otro lado, como si no nos tocara. Lo queramos o no, nos afecta a todos. Y compartimos con todos la misma pregunta: ¿cómo estar como hombres frente a esta circunstancia?

En estas ocasiones –que el Misterio no nos ahorra– podemos percibir con más claridad la gracia del carisma que nos ha alcanzado y la capacidad que tiene para ayudarnos a estar en pie delante de lo que sucede. «La única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente lo real» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 156), nos decía don Giussani. Esta concepción de la religiosidad nos permite reconocer cualquier circunstancia como vocación. «Vivir la vida como vocación significa tender hacia el Misterio a través de las circunstancias por las que el Señor nos hace pasar, respondiendo a ellas. [...] La vocación es caminar hacia el destino abrazando todas las circunstancias a través de las cuales te hace pasar el destino» (*Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 63-64). Don Giussani era perfectamente consciente del vértigo que esto introduce en la vida. «El hombre, la vida racional, debería estar pendiente del instante, pendiente en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias a través de las cuales me arrastra ese desconocido “señor” y me convoca a sus designios. Y tendría que decir “sí” a cada instante sin ver nada, simplemente obedeciendo a la presión de las circunstancias. Es una posición que da vértigo» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 195).

Es difícil encontrar una expresión más adecuada para describir la situación en la que nos encontramos cuando estamos realmente delante de lo que sucede: estar pendientes vertiginosamente «en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias». Y sin embargo esta es la única actitud racional, porque a través de esas circunstancias la presencia del Misterio, de ese «desconocido “señor”» nos interpela, nos provoca a Su designio, al cumplimiento de la vida.



Pero «la razón, impaciente, no tolera adherirse a ese único signo a través del cual poder seguir al Ignoto, un signo tan tosco, tan oscuro, tan poco transparente, tan aparentemente casual, como es el sucederse de las circunstancias; es como sentirse a merced de un río que te arrastra de acá para allá» (*El sentido religioso*, op. cit., p. 195). En estas semanas cada uno podrá ver qué posición prevalece en él: si una disponibilidad para adherirse al signo del Misterio, para seguir la provocación de la realidad, o bien dejarse arrastrar por cualquier «solución», propuesta, explicación, con tal de distraerse de esa provocación, de evitar ese vértigo. Después, cada uno de nosotros podrá verificar la consistencia real de las «soluciones» en las que ha buscado refugio.

¿Cómo acompañarnos en esta situación tan difícil? ¿Cuál es la compañía que necesitamos de verdad? ¿Cuántas veces buscamos una respuesta vaciando el acontecimiento que nos ha alcanzado, reduciéndolo a un ámbito de relaciones que nos proteja del impacto de las cosas, que nos ahorre el desafío de las circunstancias, en lugar de impulsarnos a vivirlo! Pero una compañía así no puede responder: en momentos como los que estamos atravesando, en los que la urgencia de la vida se vuelve ineludible y potente, esto resulta más evidente que nunca.

Un joven amigo mío ha terminado la carrera y ha empezado una nueva vida. Como consecuencia de ello, ya no nos podemos ver tan a menudo como cuando iba a la universidad. Hace poco se quejaba de esto conmigo. Le recordé un pasaje del Evangelio. Un día los discípulos estaban en la barca con Jesús y se dieron cuenta de que se habían olvidado el pan. A pesar de que habían sido testigos de dos milagros grandes como una casa –dos multiplicaciones de panes como no había sucedido nunca en la historia–, empezaron a pelearse entre ellos porque se habían olvidado los panes. ¡A mi joven amigo le hacía ver que Jesús estaba ahí, junto a ellos, en la barca! El problema no es que estuviesen solos, porque Jesús estaba con ellos, sino que para ellos *era como si no estuviese*. Y de hecho discutían entre ellos porque no tenían pan. Para mostrarles dónde estaba el problema, Jesús no hace otro milagro. ¿Para qué habría servido hacer otro, después de todos los que ya habían visto? ¿Cómo les ayuda Jesús? Les plantea tres preguntas. La primera: «¿Cuántos panes sobraron después de la primera multiplicación?». A continuación: «¿Cuántos sobraron después de la segunda?». Y finalmente: «¿Todavía no comprendéis?» (cf. Mc 8,19-21). ¡Qué valiosa es la contribución que ofrece Jesús a sus amigos sin ahorrarles las preguntas! No añade explicaciones, no realiza otros milagros, sino que les invita, desde dentro de su experiencia, a usar hasta el fondo la razón, de modo que puedan darse cuenta de *quién* es la persona con la que se han encontrado (¡tenían con ellos al dueño de la panadería!). Si no habían entendido (¡atentos!), no era porque estuviesen solos o porque no dispusiesen de elementos suficientes, sino porque todavía no habían usado bien la razón. De hecho, Jesús se les había desvelado a través de los muchos signos que habían visto, de una respuesta excepcional, que correspondía por fin al corazón, a su necesidad como hombres y a la de todos, en muchas ocasiones, algunas dramáticas, pero ellos todavía no habían reconocido quién era, con ese reconocimiento que se llama fe y que «florece sobre el límite extremo del dinamismo racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad» (*Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 46).

Jesús aprovecha cualquier circunstancia para mostrar a sus discípulos su forma de estar delante de todo lo que sucede, de cualquier imprevisto, aunque sea doloroso, con el fin de que ellos experimenten la pertinencia de su presencia, de la relación con Él –de la fe–, a las exigencias de la vida. «El contenido de la fe –Dios hecho hombre, Jesucristo muerto y resucitado– que aparece en el encuentro y, por tanto, en un punto de la historia que cada uno de nosotros vive, abarca y abraza



FRATERNITÀ DI
COMUNIONE E LIBERAZIONE

todos sus momentos y aspectos, que se ven metidos como por un torbellino dentro de ese encuentro y afrontados necesariamente desde su punto de vista, conforme al amor que brota de él, de acuerdo con su posible utilidad para nuestro destino y para el destino del hombre que nos sugiere» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 42). Si el encuentro que hemos tenido no llega a ser para nosotros como un torbellino dentro del cual se ven metidos todos los momentos y aspectos de la vida, nos encontraremos perdidos ante cada nuevo imprevisto, ante cada nueva dificultad.

De este modo, una circunstancia tras otra, en la experiencia continua de una «conveniencia» inesperada, «el encuentro que hemos tenido, por su propia naturaleza totalizador, se convierte con el tiempo [subrayémoslo: con el tiempo] en la forma que adquieren todas mis relaciones, la forma verdadera en que miro la naturaleza, en que me miro a mí mismo, a los demás, todas las cosas. Un encuentro, si es totalizador, se traduce en una forma y no solamente en un ámbito nuevo de relaciones: no provoca simplemente una compañía entendida como lugar de relaciones, sino que establece la forma en que estas se conciben y se viven» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 41).

Es precisamente en este nivel de la cuestión –el reconocimiento de la naturaleza totalizadora del encuentro, que se convierte en forma verdadera de cada relación– en el que vienen en nuestra ayuda presencias verdaderamente «amigas» que nos testimonian el camino que nos permite vivir una situación como la actual. Presencias que no programamos nosotros, tan excepcionales –aun dentro de las circunstancias de todos– que nos dejan sin palabras, en silencio. «De repente me he visto catapultada a la trinchera. Parece que estamos en guerra. Mi situación cotidiana laboral y familiar ha cambiado en un día. Como médico, como madre, como mujer me veo durmiendo aislada de mi marido, sin ver a mis hijos desde hace dos semanas, sin poder tener un contacto directo con el paciente. Entre mis enfermos y yo hay una mascarilla, una visera y su escafandra. Con frecuencia son ancianos que viven solos este momento. Tienen miedo. Mueren solos. Y los familiares, aislados en casa, no pueden asistir a su ser querido, y reciben por la noche una llamada en la que les comunico la muerte de su familiar: entre ellos y yo hay un teléfono de por medio. ¿Qué puedo hacer por ellos humanamente, como cristiana? Entro en la planta, busco una sonrisa y el abrazo de una enfermera amiga: en este momento de aislamiento también necesito sentirme físicamente unida. Y solo puedo abrazarlos a ellos. Frente a todo esto, me sostiene leer todos los días la carta de Carrón en el *Corriere della Sera* («Cómo aprendemos a vencer el miedo en medio de las dificultades», 1 de marzo de 2020, p. 32), que me ayuda a ponerme nuevamente en una posición de apertura, a preguntarme qué es lo que, en el fondo, se mantiene en pie. Soy llamada a reconocer lo esencial, la verdad. También está todo el recorrido que hemos hecho con el texto de la Escuela de comunidad: la prueba es el método con el que puede crecer la fe si la libertad se pone en juego frente a la preferencia que nos lo pide todo. Y esto da vértigo. Tenemos que fiarnos y asumir este riesgo. La certeza que sostiene nuestra vida es un vínculo, y tenemos que hacer un camino para llegar a esta certeza afectiva. Las circunstancias se nos dan para apegarnos más a Él, que nos está llamando de forma misteriosa. La fe es fiarse de que Él nos está llamando. “Solo cuando domina en nosotros una esperanza fundada somos capaces de afrontar las circunstancias sin huir”. Somos llamados más que nunca a responderle a Él, que nos llama de forma misteriosa. Esta es la certeza que puedo ofrecer a mis enfermos, a los familiares, además de proporcionar los cuidados médicos necesarios».



FRATERNITÀ DI
COMUNIONE E LIBERAZIONE

Este es el desafío frente al que se encuentra cada uno de nosotros. En este momento en el que se expande la nada, el reconocimiento de Cristo y nuestro «sí» a Él, incluso en el aislamiento en el que cada uno de nosotros podría verse obligado a estar, constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre, antes de cualquier intento legítimo de hacerse compañía, cosa que hay que buscar dentro de los límites de lo permitido. Nada es más urgente que esta autoconciencia.

Aunque no podamos hacer los Ejercicios de la Fraternidad, nada nos impide proseguir nuestro camino para seguir creciendo en la certeza, en esa «esperanza fundada» que necesitamos absolutamente para vivir en estas circunstancias. Por eso os envío la pregunta que había pensado para la preparación de los Ejercicios, nunca tan pertinente a la situación como ahora: «**¿Qué nos arranca de la nada?**».

Todos vimos el año pasado lo útil que fue hacer una pregunta para estar atentos a la experiencia que vivíamos. Este año puede ser todavía más decisivo. Por tanto, invito a quien lo desee a enviar su contribución a comunicazionifrat@comunioneliberazione.org

Ya veremos cómo aprovechar el recorrido de las semanas que nos esperan y cómo responder de la forma más adecuada posible a las preguntas que surjan. Abiertos al imprevisto.

Se trata de un tiempo inédito y dramático. ¡Qué dimensión pueden adquirir los gestos tan queridos para nosotros como el *Ángelus* por la mañana, a mediodía y por la noche, el *Memorare* antes de dormir, el trabajo cotidiano, personal y en familia, sobre la Escuela de comunidad, la jaculatoria *Veni Sancte Spiritus* nada más despertarnos y en cada instante en que la circunstancia nos desafíe tanto que necesitemos suplicar para poder afrontarla!

Os exhorto vivamente a la caridad fraterna, con especial atención a las necesidades que surjan entre nosotros, permaneciendo en contacto como podamos, aprovechando de la mejor manera posible todos los instrumentos que nos ofrece hoy la tecnología.

Finalmente, siguiendo la invitación del papa Francisco, «no dejemos de rezar por los enfermos, por los que trabajan en la sanidad, por todos los que sufren esta epidemia».

Os abrazo a cada uno en esta Cuaresma tan decisiva para nuestra conversión a Cristo, que ha vencido a la muerte.

¡Acompañémonos y dejémonos desafiar por los tiempos que vivimos, para no perder la ocasión que el Misterio ha preparado para nosotros!

Vuestro,

don Julián Carrón